

HARVEY

otra: había que medir y contar. Había que inducir dejando un poco a beneficio de inventario las deducciones, que corren siempre el riesgo de la humedad metafísica. Resuelto el problema de Dios, Harvey lo escondía en un armario y experimentaba: nadie, en su tiempo, se tomó la molestia de cubicar la sangre que cabe en un organismo vivo, ni de sujetar el brazo de un colaborador con torniquetes para averiguar qué dirección toma la sangre cuando es liberada de ese apretón y para qué sirven las válvulas de Fabricio, esencias que regulan el paso del caudal con exactitud fastuosa. No se atrevió a preceder a Claude Bernard unos siglos rompiendo de una vez con Aristóteles y postulando por una fisiología de las leyes formales: se conformó con inducir para hallar los "primeros principios". Anduvo así, el hombre, colgado entre el pasado y el futuro, harto de dogmas, pero incapaz de destrozarlos revolucionariamente, buscando componendas, tendiendo puentes, aniquilando postulados científicos falsos y sin enunciar sólidamente los hechos que habrían podido acelerar el cambio histórico.

No es la primera vez que escribo sobre aquel extraordinario tipo. Hace años se me ocurrió que "Harvey, como ser humano, no como médico o fisiólogo, integra ejemplarmente los factores históricos que son para todos nosotros problema esencial. Siempre venimos de un sitio en camino hacia otro. El miedo nos asalta en la ruta. Nos pasa como a Alicia en el país de las maravillas: que no podemos explicarnos a nosotros mismos porque nunca somos nosotros mismos".

Por eso me parece que Harvey representa bien el papel que hoy desempeñan los mejores científicos y tal vez todos nosotros. Hemos derribado un mundo que nos parecía dogmático, pero con recelo. Aunque los viejos principios altisonantes nos dan risa, tratamos de justificar nuestro pavor abriendo paréntesis. La ciencia cierta debería estar abiertamente en liza, diseñando el futuro inevitable, pero no lo hace; trabaja en una empresa de computadoras o se ha conformado con ser un taller de armería o un laboratorio en el que se ensayan carburadores que no necesiten gasolina. Todos somos Harvey, dueños de la verdad y sin riñones para proclamarla sin velos. Pero el mundo seguirá. ■

C.S.I.C.

ES ya largo el conflicto interno del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, replanteado con rigor y amplitud la semana pasada por la Asociación del Personal Investigador de la institución. Es muy posible que un juicio justo acerca del Consejo esté entre el criterio de su presidente, Carlos Sánchez del Río, y el irritado personal, pero, con seguridad, más cerca de estos últimos que del primero. Que el Consejo nació como "tinglado triunfalista" no le puede hacer dudar a nadie. Su "monumentalidad" era impropia de un país tan escasamente desarrollado en el ámbito científico como el nuestro, y la proclamación constante de éxitos, en buena parte invisibles, fue una costumbre de la casa que llegó a perder toda credibilidad. Una enorme escasez de medios, una confusión administrativa notable y, además, inevitable en estos grandes aparatos y la desesperación que se deriva siempre de la ineficacia, contribuyeron a convertir el CSIC en un problema que es absolutamente ingenuo tratar de ocultar. Es cierto, como dijo el otro día Sánchez del Río, que sirvió y sirve para algo y que ha llevado

a cabo tareas que, de otra manera, habrían permanecido siempre inéditas. Pero su finalidad principal — "fomentar, coordinar y orientar la investigación científica nacional" — no se ha cumplido, entre otras cosas porque el Estado y la sociedad españoles han carecido y carecen de la "filosofía" y de la voluntad de acción necesarias para impulsar una verdadera política científica. Una tarea de esa envergadura no puede llevarse a cabo remodelando y organizando con más talento el Consejo, sino acometiendo el trabajo de cambiar el tono cultural del país desde sus cimientos, que están en la escuela y en la educación popular. La inversión estatal en investigación, reconocida con alarma por el propio ministro González Seara, es de una pobreza irritante. También lo es el esfuerzo privado, más inclinado, naturalmente, a la búsqueda de beneficios inmediatos sin riesgos y a reducir la investigación a su parcela tecnológica. Contemplado globalmente, el Consejo ha sido un desastre y su personal investigador tiene razón. Pero no bastará su reforma para conseguir que este país haga buenos propósitos de enmienda. ■

ARCHIVO



"NATURE"

NO existe, probablemente, en Europa ninguna otra revista científica tan antigua, seria, influyente y sólida como "Nature". Editada ahora por Mac Millan Journals, Ltd., a caballo entre Inglaterra (4, Little Essex St. Londres WC2) y los Estados Unidos (711, National Press Building, Washington DC 20004), se publica semanalmente, todos los viernes y siempre sin un minuto de retraso, aunque ha publicado hasta ahora cerca de 6.000 números. "Nature"

es algo más que una revista: es una institución científica notable. Pero no es una revista de divulgación, ni de lejos. Ha conseguido algo que, al menos entre nosotros, parece un sueño de boudoir: grandes tiradas y fama mundial informando solamente acerca de temas científicos complejos, redactados sin concesión alguna a los legos, sin bromas, sin camelos, sin exhibiciones tipográficas, con una "confección" tradicional e incluso arcaica y una probidad profesional a prueba de bomba atómica. No puede ser leída más que por científicos profesionales o por infor-

madores de un alto nivel de formación. Probablemente alguno de ustedes habrá visto en el diario londinense "The Times" (siempre sectario en su "letra grande" y siempre ejemplar en su "letra pequeña") un recuadro de información científica del servicio "Nature", que adopta así la función de agencia: esa es la concesión máxima. Desde el punto de vista meramente editorial, es una publicación perfecta: pocas erratas, excelentes índices, resúmenes, anticipos, correspondencia, un noticiero breve y revelador que no se parece a ningún otro y un solo gesto de ternura: reproducir algunas de las cosas que la revista ya decía hace cien años. No se puede vivir en el ámbito de la ciencia sin conocer "Nature". ■



"GEO-DATUM"

EXCELENTE. Editada por Edipotra, S. A., General Moila, 208, B. Madrid-2. Es una revista "técnico-profesional de ciencias aplicadas" y publica números monográficos, bien documentados, sobre Astronomía, Cartografía, Ecología, Fotogrametría, Geocálculo, Geodesia, Geografía, Hábitat, Hidrografía, Informática, Inmobiliaria, Medio Ambiente, Oceanografía, Topografía y Urbanismo. Poco conocida, merece serlo mejor. ■